Año LIV.-N.º 197. Barcelona, lunes 15 de Julio de 1912. Pág. 9521

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 9 trim.

Redacción, Administración y Talleres: Escudillers Blanchs, 3 bis, bajos. | Anuncios y Suscripciones: Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

Crónica diaria.

¡Interesantísimo!

¡Hoy sí que está de enhorabuena el reporterismo! Como que el resultado de la última entrevista de que se tiene noticia, en la que han sido protagonistas el ministro de la Gobernación, señor Barroso, y los periodistas madrileños, no puede haber sido más interesante. Nosotros, al enterarnos de ella, no podemos resistir a la tentación, aunque en alas de nuestra imaginación y evidenciando nuestra inventiva, de transcribirla lo más aproximadamente posible a la realidad. Ahí va el relato.

—¿Tiene el señor ministro algo importante que referirnos?

—Nada absolutamente, señores. Nada tengo que deciros, nada interesante sé que deciros, porque nada ocurre que yo sepa.

—Pues a fe que nos han dicho, señor ministro, que S. S. y el jefe del Gobierno han estado hoy conferenciando por teléfono.

—Sí, efectivamente; así en Madrid como en Otero ha jugado el teléfono; pero todo se ha reducido a bien poca cosa de interés público, pues la conversación ha versado acerca del estado de nuestra salud y de la de nuestras respectivas familias.

—Que nosotros celebraremos, señor ministro, sea perfecta y por muchos años.

—Muchas gracias, señores. Por lo demás, para que no se vayan ustedes con el carnet en blanco, ahí va un extracto de nuestra conferencia telefónica:

«—Tilín, tilín, tilín. ¿Centro?

—Diga.

—Soy el ministro de la Gobernación.

—Yo soy el jefe del Gobierno.

—¿Cómo está usted, mi querido amigo y jefe? ¿Cómo está la familia?

—Todos buenos, gracias. Y usted y los de su familia, ¿cómo están?

—También todos buenos y aunque sintiendo más los efectos del calor que ustedes.

—Hay que refrescarse, amigo Barroso; única manera de atenuar los efectos del calor.»

—Y nada más. Ya ven ustedes que la entrevista no ha podido ser menos importante desde el punto de vista de la política.

—¿De modo, señor ministro, que mañana podremos aconsejar a nuestros lectores que duerman tranquilos, puesto que no ocurre nada interesante?

—Exactamente, señores.

—Porque, señor ministro, si la calma estoica de S. E. parece revelar y aun demostrar que la frontera de Portugal es comparable a una balsa de aceite y que lo de la intentona contra la República portuguesa es ya otro fracaso que ha pasado a la Historia, no es de suponer que obedezcan a ningún motivo fundado esas conjeturas a que han dado lugar unas entrevistas no telefónicas habidas entre S. S. y los ministros de Estado y de la Guerra.

—Muy bien, señores periodistas. Son ustedes la perspicacia en persona.

—Naturalmente, señor ministro. Así el de Estado como el de la Guerra, ¿por ventura carecen de familia? También en esas conferencias se hablaría de la salud de las respectivas familias. ¡Y tanto como nosotros nos alegraremos de que las noticias hayan sido completamente satisfactorias! Porque con esos calores ¿hay que hablar con el ministro de Estado de ese complicado pleito que sostenemos y que se llama cuestión marroquí? ¿Hay que hablar del propio asunto con el ministro de la Guerra? Tan persuadidos estamos, señor ministro, de que en este momento histórico España es el más feliz de los países, que ni siquiera queremos molestar la atención de S. E. preguntándole por una nota que se dice ha enviado a nuestro Gobierno el de la vecina República portuguesa. ¡Qué diantre! Y perdone la franqueza el señor ministro. Es lícito suponer que el Gobierno lusitano se habrá dirigido al español interesándose vivamente por la salud de cada uno de los ministros y por la de sus respectivas familias.

Y así quedó, quedaría o quedará la cosa hasta que cambie la decoración y las circunstancias hagan o aconsejen que sea otro ministro más enterado o menos reservado quien reciba el encargo de ponerse al habla con los reporteros madrileños y de enterarles de cómo anda la cosa pública.

Aunque hable o no hable el ministro, demasiado sabe todo el mundo que, a pesar de la calma aparente pregonada por el señor Barroso, reina mucho mar de fondo en el de la política nacional e internacional española.

Gacetilla.

Anoche, a las ocho, al descender de un tranvía de la Compañía General que iba en marcha por la calle de Garriga, de la barriada de San Gervasio, fué arrollado por el coche remolque un hombre llamado Emilio Gómez, que recibió lesiones gravísimas.

El paciente fué auxiliado en el Dispensario de la barriada.

En Vallvidrera se celebró ayer el anunciado Aplech de la Sardana, reuniéndose con tal motivo en aquellos pintorescos sitios numerosa concurrencia.

De doce a tres, los bosques que rodean al caserío ofrecían animado aspecto, tan crecido era el número de personas que comían a la sombra de aquella espesa arboleda.

A las diez se celebraron en la iglesia parroquial solemnes oficios, después de los cuales se ejecutó la sardana del popular *Pep Ventura*, «Arri Moreu».

L'Esbart Català de Dançaires ejecutó rápidamente varios bailes populares.

Por la tarde la concurrencia se congregó en la plaza superior de Vallvidrera la cual estaba adornada con gran cantidad de banderas.

Se celebró una audición de sardanas en honor de los maestros compositores, estrenándose las siguientes: «Cullint ginestra», «Esperançant», «Amunt els corts» y «Cercant l'aymada».

A última hora el Orfeó Barcelonés, dirigido por el maestro Goberna, dió un concierto, después del cual la mayoría de los concurrentes emprendieron el regreso a Barcelona.

Arreglándose ayer un taller de ebanistería en la calle de Valencia, Hipólito Ribera Ragés, de 40 años, cayóse desde lo alto de una escalera de mano, sufriendo dislocación del tobillo izquierdo y probable fractura del peroné del mismo lado.

En el Dispensario de Hostafranchs fué ayer tarde auxiliada Rosa Gállego Bagés, de cuarenta y cinco años, domiciliada en la calle de la Cruz Cubierta, número 83, tabernera, quien presentaba una herida incisa, de pronóstico reservado, producida por una cuchillada que le dió Vicente San Julián, de veintisiete años, que vive en la calle de Sarriá.

El agresor fué detenido.

Esta noche la infanta Isabel asistirá a la función del teatro de Novedades.

Bolsín mañana.

Interior, 84'62 dinero; Nortes, 98'75 dinero; Alicantes, 94'80 dinero.

Un ladrón.

Por la tarde, en el Círculo, habíame abordado el abogado Mari, anunciándome, después del saludo, que a media noche salía para Ancona, donde debía ventilar ante la Corte de Asises un proceso importante que le retendría tres días o cuatro. En vez de eso, a las nueve, apenas acababa de cenar, me telefoneó si podía venir a mi casa y si podía yo consagrarle la noche.

—¿No me dijiste que salías?

—Sí, y quiero verte antes. Necesito pedirte un consejo.

El abogado Mari me había ya proporcionado otras veces este honor y este placer. Lo que se dice consejos, en realidad, me pedía poquísimos. Para él yo solamente era un oyente resignado y discreto, ante el cual se ejercitaba relatando los hechos con precisión minuciosa, sin la elocuencia, las divagaciones y el lenguaje que son de rúbrica ante el tribunal. Yo le interrumpía cuando algo se me escapaba, le objetaba cuando no me sentía convencido y me divertía en buscar una opinión contraria a la suya. Y él, rebatiéndome, instábame a penetrar mejor los argumentos de los adversarios: un poco de esgrima antes de bajar al terreno. Pero Carlos Mari era amabilísimo y a estos ejercicios suyos llamábalos "pedirme un consejo".

Pequeño, huesudo, rubio, afeitado el rostro y hasta los cabellos cortados al rape, vestido con sencillez, las manos sin un anillo, y sobrio el gesto, aun en el aspecto físico parecía haber suprimido todo lo superfluo. Quizás por esto me gustaba: porque pretendía aparecer tal cual era. Y entre los de su profesión esto es raro.

—¿Se trata del proceso de Ancona? —le pregunté apenas entró.

—Sí. Un padre que ha dado muerte a su hijo.

—¿Joven?

—El padre cincuenta años. El hijo veinte.

—¿En riña?

—No.

—¿Un acceso de locura?

—No. Los peritos de la defensa están dispuestos a probarlo. Pero no se trata de un loco. Y la cuestión está toda en esto: ¿debo yo fundar mi alegato sobre esta fácil declaración pericial de locura y de irresponsabilidad o bien debo decir la verdad, que este padre ha matado a su hijo por razones altamente morales o, por lo menos, que él reputa altamente morales?

—¿Matar a su propio hijo de veinte años por razones morales?

—Escucha los hechos.

Carlos Mari cruzó una pierna sobre la otra, escondió entre las manos la cara, como para reunir y ordenar sus recuerdos, permaneció en silencio unos instantes y, por fin, entrecruzando los dedos de sus largas manos, comenzó.

* * *

—Gaspar Torello, el parricida, es natural de Molfetta, en las Apulias. De su padre no quiere hablar. Por informes de la *questura* se ha sabido que el Torello es hijo natural legitimado bastante tiempo después, y que su padre poseía algunas embarcaciones de pesca, con las que en la buena estación recorría todo el mar Jónico, aventurándose también hasta más allá de Creta, por todo el archipiélago. A la postre quebró, vendió sus barcas y murió; mejor dicho, desapareció, porque de su partida de defunción no se han encontrado rastros en Molfetta. Su madre, fíjate, es una griega del Asia Menor. ¿Está viva? ¿Ha muerto? El hijo declara ignorarlo. ¿Dónde la encontró el padre de Torello, ¿En algún callejón sin salida de Patrás, de Nauplia o de Esmirna, sentada tras las rejas bajas sobre dos almohadones grasientos y fumando los cigarrillos que le tiraban los marineros borrachos? ¿O de dónde la raptó, joven todavía, enamorada de aquel italiano del Mediodía, moreno, enérgico y taciturno? No sé nada. Creo que Gaspar Torello está perfectamente enterado; pero no quiere hablar. Y un hijo de las Apulias que no quiere hablar es un guardacantón. Un tío, fraile en el viejo convento del Castello, en Molfetta, ayudó al chico a seguir los estudios en la escuela y consiguió más tarde hacerlo entrar como conserje de la Caja de Ahorros, cuando sólo contaba quince años.

Y he aquí lo que hasta ahora no sabe nadie: a los veinte años el Torello robó cinco mil liras. Una mañana, cuando barría el despacho del cajero, encontró solamente entornada la puerta de la caja de caudales; la abrió, vió paquetes de billetes, una pila de oro; primero tomó una moneda de veinte liras y volvió a entornar la puerta; luego pensó que otra ocasión así no volvería a presentársele en

toda la vida; abrió de nuevo, tomó un billete de mil liras y cerró otra vez: sentíase como ebrio, se le velaban los ojos, temblábanle las manos y las piernas, pero no de miedo. Salía de la pieza, se encerraba en un camaranchón donde solía guardar la escoba y la basura, y palpaba y miraba lo que había robado. Luego tornaba a salir, todo ojos, como si a aquella hora no hubiese estado absolutamente solo en el local del Banco, deslizábase en las puntas de los pies pegados a las paredes, tendidas las manos, contraídos los dedos y jadeando como si a un paso de él se encontrase una patrulla de policías. Parecía como si un alma nueva hubiera penetrado en él y le sugiriera, al abrir las puertas y al espiar y al esconderse, gestos y astucias que antes no conocía. Y te lo repito: hacer todas aquellas maniobras de ladrón resultábale todavía más dulce que robar, que sentirse poseedor de aquella pequeña fortuna. El actoyle hacía felir, más que el resultado. En el primer momento había robado veinte liras, mil liras por codicia. Continuó por espacio de una hora, solo siempre en el Banco, escuchando, abriendo, volviendo a cerrar, a robar. Se lo ha dicho después, se lo dice todavía: habría podido tomar un puñado de billetes de quinientas, de mil liras, de napoleones, habría podido llevarse todo, huir. Y bien, no. Como un amante experimentado que quiere medir, valorar, retardar el goce de todo su placer, él, para robar sólo cinco mil liras, fué y tornó diez veces. Y su placer era como un placer físico y Torello, en aquella tensión de los nervios y de los músculos, sonreía dichoso.

Finalmente, oyó que alguien subía las escaleras y acabó apresuradamente de barrer el despacho del director; ni aquel día ni el siguiente advirtió nadie el robo. Gaspar no gastó un solo peso de lo que había robado y tenía, como te he dicho, veinte años. Contentóse con llevar aquel dinero a su guardilla, en la misma casa del Banco, y esconderlo bajo dos ladrillos, porque había oído decir que así hacen muchos ladrones, aunque ignoraba a quién se lo había oído. Hasta entonces había sido un muchacho dócil, puntual, pero indiferente; se tornó astuto, audaz, infatigable. Y el deseo de volver a empezar le obsesionaba. Con un prodigioso dominio de sí mismo logró, porque ahora la caja de caudales no quedaba jamás abierta, sacar con un poco de cera un molde de la llave al verla un día sobre el escritorio del cajero. Encontrábase éste ocupado en firmar algunos papeles y Torello, a su lado, estaba en pie con una hoja de papel secante entre las manos con la que iba secando una a una las firmas según íbulas poniendo el cajero. Y al perpetrar aquella audacísima operación, el conserje volvió a experimentar aquel placer del riesgo extremo y casi mortal, aquella deleitosa sensación de tender todos sus nervios para no ser descubierto. Pero fué su ruina. Lo miró el cajero y preguntóle:

—¿De qué te ríes?

Era verdad. Gaspar Torello reía, pero por su felicidad, no porque despreciara al cajero, y no se daba cuenta de ello. Salió del paso como pudo y se fué lo más tranquilo, llevándose pegada a la palma de la mano la cera de la llave. Pero ya el cajero había concebido alguna sospecha o sentídose ofendido, y cuando, al otro día, al hacer el recuento de los fondos en caja encontró aquellas cinco mil liras de menos, ordenó se interrogase al conserje y se registrase su guardilla. Y Gaspar Torello habría dado con sus huesos en la cárcel si no se hubiese encontrado intacto el dinero debajo de los consabidos ladrillos y si desde allá arriba, desde el convento de Castello, donde vivía su tío, no hubiesen llovido súplicas, recomendaciones y promesas. Se le dejó libre y partió para Alejandría de Egipto. Pareciale como si hubiera despertado de un sueño. Todo lo que había hecho y dicho en aquellos tres días, desde el delito hasta las pesquisas, antojábasele hecho y dicho por otro, por alguien que hubiese entrado (¿o vuelto?) en él, tomando el cuerpo, los rasgos, la voz de él, como se toma un vestido para disfrazarse. Y cuando, durante el primer interrogatorio en presencia del director de la Caja, había sentido aquel su intruso huir de su alma, habíase sentido también vacío, hueco, como un vestido sin cuerpo, que por fuerza ha de caer al suelo. Fíjate bien: te repito sus propias palabras porque este desgraciado había de sí mismo con una perspicacia de observación y una exactitud de términos que al verle pálido como está, después de un año de prisión preventiva, son en verdad sorprendentes.

A los veinte años, pues, se encontró en Alejandría de Egipto, solo y con veinte liras en el bolsillo para hacerse una nueva vida, para comenzar la vida. Hizo todos los oficios, mandadero, mozo de cordel, albañil, camarero, desempeñándolos honradamente. Quizá era el temor a la cárcel evitada por milagr

o quizás—y es más probable—la desilusión después de aquella embriaguez y aquella tensión nerviosa de sus tres días de ladrón. Porque precisa realmente no apartarse del parangón que antes te indiqué; habían sido tres días de una felicidad y de una pasión de enamorado, y ahora encontrábase descorazonado, asqueado, como amante de poca edad que, después de la primera traición, jura no querer gustar de nuevo el amor, nunca. Gaspar Torello ha mantenido su juramento con un tesón de verdadero hijo de las Apulias. Estaba siempre muy sobre sí. El impulso a robar le volvía con frecuencia, hasta el balde del albañil a quien servía, hasta el saco del peón que trabajaba con él, hasta las escasas monedas del bolsillo del desgraciado que junto a él dormía sobre las losas del muelle, le atraían. Pero se venció siempre y a fuerza de trabajo y de honradez logró conseguir un empleo fijo en el ferrocarril de Alejandría al Cairo. Se casó y tuvo un hijo, ese a quien mató hace un año. De las tentaciones no se curó jamás, ni siquiera cuando, teniendo una retribución suficiente, una casa y una familia, ya no le asediaba la necesidad. Ninguno sabía de aquella lucha, cada vez más encarnizada, y que, cuantos más años transcurrían y mayor era la confianza que en él depositaban sus superiores, traducíase en más recios y frecuentes asaltos. Y de cada crisis el desdichado salía exhausto, vacío, alelado, como aquel día en Molfetta, después de descubrirse el rostro.

La curación le vino hacia los cuarenta y cinco años, cuando la juventud y la energía de las fuerzas de su cuerpo comenzaron a menguar. Un viejo es otro hombre. Otro semblante, otras pasiones, otras ambiciones, otros músculos, otros nervios; todos los cuidados para lo presente y la indiferencia para lo porvenir, y el afán de conservar y de conservarse y el instintivo abandono de la acción y el instintivo aborrecimiento hacia todo peligro. Un viejo sólo tiene de común con el hombre que fué joven el nombre y los recuerdos. Y así lo reconoce la ley con la prescripción, transcurridos veinte años, hasta para la pena del calabozo. Al trasponer los umbrales de la vejez, Torello se dió cuenta de que estaba curado. Y respiró. Pero si antes, en la inquietud de la lucha contra *aquel otro él mismo* que estaba en él y que era ladrón, la vigilancia de cada uno de sus gestos habíale ocupado todos los instantes e impedido juzgar y valorar moralmente aquellas tentaciones, después pudo permitirse el lujo de este juicio. El había sido como un transeunte que atraviesa una espaciosa vía hormigueante de automóviles y de caballos lanzados a la carrera y que no piensa sino en evitarlos y llegar a la vereda sano y salvo; sólo una vez allí, puede pensar en contar los peligros corridos, puede abandonarse al sentimiento del cansancio de sus nervios después de tanta tensión y puede hasta perder tiempo en envidiar y aun en condenar a los felices y a los poderosos que, cómodamente arrellanados y bien defendidos, le han ofrecido con sereno descuido tantas próximas ocasiones de morir. Pero Torello fué indulgente con los otros: no condenó a los ricos, a los hombres defendidos por las comodidades por la educación y por el buen nombre de su casa contra las tentaciones de delinquir, para sólo absolverse a sí mismo. Antes por el contrario, solamente contra sí propio se mostró feroz. Y de aquella falta suya de la juventud tuvo, en la quietud de la edad madura, un horror razonado e implacable como nunca lo había tenido.

Ninguno sabía ahora nada, ni siquiera su mujer, y más todavía que antes, después de tantos años de honradez verdaderamente trabajada, torturábale silencioso el remordimiento. Me ha dicho: "Muchas noches, mirando, terminada la cena, a mi mujer, que cosía en el comedor bajo la lámpara, al lado de la mesa apenas levantada, y a aquel niño que escribía y acababa por dormirse sobre los cuadernos, apretando aun la pluma entre los deditos manchados de tinta, o mientras pensaba que, hasta pocos años antes, yo había corrido el riesgo de perder aquella felicidad, de abandonar en la miseria y en la deshonra a aquellos dos seres adorados, saltaba en mi silla, pálido, cerrada la garganta y, si mi mujer me preguntaba cariñosamente qué tenía, yo rompía a llorar, a llorar....

Tendrías que verlo, alto como es, todo huesos, los brazos largos, la barba negra, inculta y rala, dos orejas agudas y achatadas y amarillas como las de un muerto, los ojos de un alucinado y tan débil que si está en pie un cuarto de hora vuelve a caer como un guiñapo sobre la silla, para que pudieses darte cuenta de lo que debe haber sufrido. Del asesinato, en cambio, habla poco. Se explaya más bien en describirte la desesperación del fraile su tío, hoy sepultado ya no sé desde cuanto tiempo, cuando treinta años atrás corrió a la Caja de Ahorros de Molfetta a ver

superarle y a maldecirle en latín con fórmulas de exorcismos. De aquel tiempo todo quiere contártelo. Del delito, nada. El delito, para él, es una conclusión lógica de aquellas premisas y su defensa está toda en las premisas.

Oye cómo ocurrió el delito.

Cuando Torello se dió cuenta de estar más seguro de sí mismo y casi curado, trató de regresar a Italia. A Molfetta, no; alguno de los empleados de la Caja, alguno del convento podía vivir aun, podía recordar. Una casa de algodones egipcios quiso establecer una sucursal en Ancona, tuvo en Alejandría óptimas referencias de Torello y ofrecióle la dirección de la nueva casa.

Aceptó él contentísimo, partió con su familia para Ancona y dirigió con verdadero acierto los negocios. Su hijo Salvador tenía 16 años y en Ancona frecuentó el Instituto técnico; era un muchacho, según afirman los testigos, un poco taciturno él también, pero aplicado, diligente y respetuoso. El padre, en las horas que la escuela y los deberes de la escuela dejaban libre a Salvador, retenía a éste en la oficina para que le ayudase, retribuyéndole por este trabajo extraordinario con cierta largueza. He visto la casa donde vivían, en el Corso Vittorio Emanuele, y en cuyo primer piso estaban instaladas las oficinas.

Durante todo un mes echó de ver Torello que de la cartera le faltaban ora diez, ora cinco liras, por más que la cartera la llevase él siempre en el bolsillo interior de su gabán y la dejase, de noche, sobre una mesita, al lado de la cama. Una noche, mientras apuradamente apuntaba sobre un papel los números de los pocos billetes que tenía consigo, entró su mujer conmovida y asustada y le comunicó que en el cofrecillo del juego de mesa, de plata, faltaban cinco piezas. El mismo fué a comprobarlo, y las sospechas de ambos recayeron sobre la criada que habían tomado a su servicio al llegar a Ancona. A la mañana siguiente fuése Torello al Montepío, acompañado de un delegado de pública seguridad; encontró las piezas entre los depósitos recientes e interrogó al empleado. Este recordaba perfectamente al que las había traído: un joven alto, moreno, de corbata azul... Gaspar Torello quedóse pálido, rígido. No dijo más que:

—Ya caigo; es un mozalbete que habíamos tomado a nuestro servicio. No lo denuncio.

A su mujer le dijo que había sido la criada, que había que tenerle lástima y despedirla. Y la buena señora, que era una esposa sumisa y tranquila, hizo lo que le indicó su marido.

Ahora el problema era: ¿hablar al hijo e imponerle un castigo, o callar y corregirlo dulcemente, alejando de él todas las ocasiones de robar? En el fondo el problema para Gaspar Torello era otro: ¿hasta qué punto la culpa del hijo era culpa suya, del padre, de la sangre que le había transmitido? ¿Hasta qué punto él, un ladrón, tenía el derecho de castigar a aquel otro ladrón nacido de él, criminal por haber nacido de él? Había un recurso, recurso heroico: confesárselo todo al hijo, la antigua falta, las luchas sostenidas durante veinte años para no reincidir en el delito, el destierro, las humillaciones, la soledad sin esperanzas, y curarlo así con el terror de tener que arrastrar una existencia como la que había arrastrado su padre, una existencia que no había sido otra cosa que continua agonía... Pero, ¿y si esta heroica tentativa no hubiese producido resultado? ¿Qué es lo que haría aquel hijo, dueño además ahora del secreto de su padre? Gaspar Torello tuvo la plena conciencia de su derecho conquistado con tantos años de martirio, a vivir entre las gentes honradas, y a la compasión por su hijo fuese poco a poco mezclando, y aumentando cada día, el odio al mismo hijo que, de un golpe, quería hacer que volviesen a caer sobre su padre las pasadas torturas, aplastándole de nuevo bajo el antiguo oprobio y más cruel aún y todavía más inexorable.

Transcurrieron así para Torello ocho días de fiebre, ocho noches de insomnio. Una de éstas creyó oir rumor en el primer piso, en las oficinas. Saltó de la cama, tomó un arma y, andando de puntillas, bajó, andando a tientas en la oscuridad, y halló abierta la puerta que ponía en comunicación los dos pisos, luego la de las oficinas y, por último, la de su propio despacho, donde estaba la caja de caudales. Ante la puerta de acero de ésta, abierta igualmente, inclinado sobre un fajo de billetes de Banco, a la luz de una bujía, estaba su hijo, temblorosas las manos y agarrotados los dedos. Llamóle. El se volvió. En el rostro de su hijo Gaspar Torello volvió a ver a su propia sonrisa idiota de veinticinco años antes, su palidez, su mirada

fija, toda su máscara de ladrón. E hizo fuego.

Este es su delito.

***

—Tú debes referir a los jurados, palabra por palabra, lo que me has referido a mí. Le absolverán.

—¿Lo crees así?

—Sí son hombres de bien le absolverán. En el fondo, Gaspar Torello ha librado a la sociedad de dos ladrones, él mismo y su hijo.

Y los señores del Jurado son en su mayor parte pequeños propietarios capaces de mostrarse así agradecidos.

—Es justo. Me informaré antes, les sondearé y tomaré una resolución durante los debates.

El abogado Marí refirió a los jurados toda la verdad. Gaspar Torello fué absuelto. Pero ahora se muere de hambre porque la sociedad que le absolvió no quiere nada con él, ladrón confeso.

Ugo Ojetti.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

Carreras ciclistas.

Madrid, 14 Julio.

Esta mañana se han verificado las carreras ciclistas organizadas por la Federación Ciclista Madrileña. A las siete en punto partieron del kilómetro 4 de la carretera de la Coruña 34 de los 35 corredores inscritos siendo presenciada la salida por numeroso público.

Actuaba de cronometrador don Ramón González.

El corredor Oscar Leblanc hizo el recorrido de 50 kilómetros en 1 hora, 45 minutos, 34 segundos con 9 décimas ganando el primer premio consistente en una copa de plata. A continuación llegaron a la meta los corredores Buce, Calleja, Guillen, Lacrois, Fuestes, Antón y Moreno, que abtuvieron los premios restantes.

Durante la carrera ocurrió un accidente al corredor señor Soto cuya máquina quedó destrozada en un encontronazo. Afortunadamente el ciclista resultó ileso.

Mendigo rico.—Unión de republicanos.

Orense.—En un sobrado de la calle Hernán Cortés, el popular mendigo Domingo Aranjo, que carecía de familia, al registrar su casa los curiales encontraron bajo el jergón un resguardo del Banco de 11,000 pesetas y una acción traída de Lugo de 1,000 pesetas.

Sevilla.—El partido lerrouxista ha acordado luchar, en unión de los conjuncionistas, en las elecciones parciales de diputados a Cortes, contra Nicolás Luca de Tena, candidato del Gobierno.

De una huelga.—Suicidio de un preso.

Valencia.—La huelga de obreros tiende a solucionarse por mutuas concesiones de obreros y patronos.

Un individuo llamado Manuel Girona, preso en la cárcel de Villarreal, que debía quedar hoy en libertad, encontrósele ahorcado en la celda. Dícese que la causa del suicidio fué eludir el compromiso que contrajo de casarse cuando saliera de la cárcel

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Desórdenes.

Londres, 15 (3'10).

En la manifestación de los huelguistas han ocurrido desórdenes en Hyde Park. Los huelguistas trataron de recuperar un compañero detenido. Hubo cargas y numerosos heridos.

Gouraud.—Buque encallado.

París, 15 (3'25).

Comunican de Fez que el general Gouraud llegó por la madrugada al frente de la columna que debía tomar parte en la fiesta nacional.

Montevideo, 15 (7'7).

El vapor inglés *Silverwings* encalló en la isla Gorrisi. La situación es angustiosa.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 15 julio (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Real orden disponiendo que el registrador de la propiedad de San Feliu de Llobregat, don Enrique Cumbre Piniés, pase a formar parte de la Comisión nombrada para auxiliar los trabajos de la reforma del reglamento hipotecario.

Real orden circular del ministerio de la Guerra invitando a todas las Congregaciones de religiosos que se consideren incluídos en el párrafo 2.° del artículo 238 de la vigente ley de reclutamiento para que manifiesten a este ministerio por medio de instancia u oficio su derecho a ser incluídos en el citado artículo.

Real orden de Gobernación resolviendo expediente relativo a solicitud por los señores Lebon y compañía y otras Sociedades productoras de gas y electricidad en súplica de aclaración o interpretación de la regla 8.ª del artículo 157 de la ley municipal.

Se resuelve con carácter general que los arbitrios que los Ayuntamientos y asociados de la Junta municipal establezcan por razón del aprovechamiento u ocupación de la vía pública o de tierras y propiedades del pueblo en canalizaciones, etc., para la distribución de fluido, no podrán ni deberán en caso alguno exceder en conjunto del 25 por 100 de la contribución señalada a las mismas industrias.

Este límite no excluye la facultad ni acción de los Ayuntamientos para el exigir los desperfectos que en los bienes del Municipio o del común se causaren por dichas Sociedades.

Relación de las pensiones declaradas por el Consejo Supremo de Guerra y Marina durante la segunda quincena del mes de Junio y de las declaradas por la Dirección general de la Deuda en la primera de Mayo.

Anunciando por primera vez la vacante del título de marqués del Nervión, con grandeza de España.

Fiestas suspendidas.—Entierro.—El chofer en libertad.

Sevilla.—Con motivo del choque de automóviles se ha suspendido la inauguración del Círculo de la Juventud conservadora, la gira automovilista que se preparaba y el banquete del Colegio de procuradores.

Hoy se verificará el entierro del señor Espinosa, que será una manifestación de duelo. El chofer que detuvieron ayer ha sido puesto en libertad.

Fallecimiento.—La explosión del *Cabo Roca*.

Granada.—Ha fallecido don Manuel Rodríguez Acosta, diputado a Cortes y jefe de los conservadores de aquella provincia.

Sevilla.—Detalles del suceso comunicado anuche. A última hora de la tarde, cuando el vapor *Cabo Roca* salía del puerto, conducido por el práctico, se oyó una formidable detonación. La muchedumbre acudió a los muelles enterándose de haber ocurrido a bordo del *Cabo Roca* una explosión.

Al pasar el buque entre el punto y la punta de Aznalfarache, estalló la caldera a causa de la rotura de un tubo. Chorros de agua hirviente se precipitaron en la cubierta del buque, causando gran confusión entre pasajeros y tripulantes. El capitán, que se hallaba en el puente en el momento de ocurrir la explosión, se precipitó a cubierta, fracturándose una pierna. El práctico trató de escalar un palo para librarse del vapor, pero cayó sobre cubierta.

El cuadro era espantoso: en confuso montón se veía junto al palo mayor a una mujer con un niño de pecho y otros dos de ocho y diez años, que recibieron tal cantidad de agua hirviente que ella y sus hijos murieron.

En el departamento de máquinas quedó totalmente achicharrado el fogonero.

En automóvil se trasladaron los heridos a la Casa de Socorro.

Imprenta de EL PRINCIPADO, Escudillers Blanchs, 3 bis, bajo.